

Sady Zañartu.

LA ATRAPADORA DE LUZ

SOY el único viajero del «Hotel Palma» y mis pasos se desprenden de mi cuerpo por los corredores, arrastrando un eco interminable. Cae el azote de fuego sobre Asunción y los huéspedes han emigrado a los sitios ribereños del lago Ipacaráí.

Estoy en mi cuarto, deshecho el ánimo por el calor que aun no afloja de poner su mejilla quemante en la tierra. La respiración se atolla en la garganta y me produce una opresión angustiosa.

Abro el balcón sin encender la luz. El aire es denso y transparente. El cielo late como un pecho humano. Los tejados bruñen con el resplandor de las estrellas. Abajo la calle arbolada es un canal de silencio.

Enciendo un cigarrillo y me apoyo en el alféizar. Nada quiere moverse en mi ser; ni la imaginación ni el recuerdo. Me absorbe este mundo nocturno potente como en su primera creación. Vienen del río voces y murmullos que se agigantan y luego sobre mi cabeza se abre el pomo de un jazmín mango; pero la brisa callada, portadora de sonidos, de fragancias y de luces fugitivas, desaparece, y la atmósfera estática vuelve a hundirme deleitosa en el vacío asfixiante.

No puedo medir el tiempo y las horas pasan en espera de algo cósmico que no se resuelve. No tengo valor para hacer el más leve movimiento, y, como un enfermo llevo hasta el lecho, cuyo pabellón de gasa blanca, que semeja un catafalco, me libertará de las lancetas aladas.

Como en la noche anterior, siento en la inquietud del desvelo la llama sofocante, precursora de las grandes tormentas. Imperceptibles zumbidos me hacen encender la lamparilla y escudriñar el interior del mosquitero.

No hay acecho que temer.

He tirado las sábanas. El ardor ha aumentado.

Hacia un ángulo del techo aparece una lucecilla intermitente. Pienso que es una estrella desprendida por el tragaluz. Pero la chispita vuelve a brillar potente. Creo en una ilusión óptica y me incorporo. Abro el pabellón y puedo ver con más nitidez la extraña luz. Es un punto de alfiler fosforescente y de un color verdoso.

Me levanto a observar el fenómeno. Enciendo la bujía del centro y trato de ubicar la luz que desaparece. Vuelvo a apretar el botón eléctrico. Se me ocurre de pronto que el origen del fenómeno es un corto-circuito y salgo en busca del administrador. Este duerme y al despertarlo, ante mi insistencia, por el temor de un incendio, se apresura a venir al cuarto trayendo una escalera de mano.

Al constatar la veracidad de la chispa en la oscuridad, enciende las bujías y su efecto se disuelve. El techo es alto y ni aun con la pequeña escalera alcanzamos a tocarlo con las manos.

Al fin el administrador parece dar con el origen.

—No hay cuidado, señor. Es un insecto de luz que está preso en la tela de una araña.

—¿Sin poder escapar?

—Es una lucha a muerte que ha entablado la araña.

—¿Una caza?

—Como en el Chaco—me dice gozando con mi asombro.—A cada embestida de la araña para atraparlo, el coleóptero la atemoriza con su destello.

—¿Y quién va a vencer?

—¡La araña! Es un temible adversario. Cuando la noche se vaya y el día le haga perder al insecto la fuerza de su luz, quedará sin el único medio de defensa que tiene.

—¡Qué gran tragedia!—dígoles, emocionado.

—Es el trópico—me responde.—Cada sitio, cada animal, cada árbol, tiene su leyenda y su virtud oculta.

Yo me recojo a mi lecho. Apago la lámpara sin quitar la vista de la escena. Ahora comprendo que la noche está viva, más viva que el día, para sorprender la naturaleza que me rodea. El país se encuentra poblado de espantos y de asombros que sólo la noche revela al poner a prueba la astucia y la fuerza de los seres que la pueblan.

Ya no está muda mi alma de viajero en el paraíso guarayo. Voy a vivir la tragedia del Insecto Luz, imposibilitado entre los hilos de la dura tela de la Araña cazadora. Mis sentidos quedan abiertos a todas las percepciones. Veo el acecho mons-

truoso como el sabio a través de su lente. Observo en la red gigantesca, la cabeza estrafalaria de la araña y las patas tejedoras que no cesan de robustecer el cerco inexorable; cuando avanza, los garfios acumulan con su vibración el veneno mortífero, pero el coleóptero, avisado por el temblor de los hilos aéreos, aguarda el ataque y proyecta la linterna de su cabeza. La araña se asusta fijada por el resplandor. El chorrillo de luz verde la ha cegado sobre la urdiembre de su malla negra. La araña retrocede, articula sus patas, y se encoge, se apelotona, se ovilla. Ya no le dejará hasta que el pincho asesino recupere su posición pasiva.

Se ha apagado la linterna y el acecho se ha repetido. ¿De qué polvo astral está hecha su luz fosforescente? ¿Irradia de ella la deidad maléfica de los bosques? ¿Acaso es la que se vislumbra en el fondo de los lagos donde hay monstruos espantables y se deslizan canoas fantásticas? ¿O es la que despiden las pupilas de las doncellas guaraníes cuando el enamorado las acecha?

¡Luz de luciérnaga! ¡Luz de la infancia del mundo! Sobre la noche deja un prestigio inviolable, un secreto de connubio salvaje. Es la hora de la gran caricia cálida y sin sombras del trópico. Es la hora en que las naturales prenden en el casco negro de sus cabellos la única joya de su púdica desnudez. Acaso yo mismo soy una víctima inconsciente del amor de Belén Navero. Ahora presiento mejor el hechizo de sus ojos. Pero protesto: yo no soy la araña atrapadora de luz. Sin embargo dudo de mí. Ya cometí una falta que había olvidado, porque aquí todo se olvida: la adolescencia no dura más que un instante; el deseo estalla y el cuerpo del hombre está en plena madurez.

Belén se mece en la red, bajo la enramada del patio, con la respiración sobre excitada. Yo le doy aire con una pantalla y le tejo una oscura redecilla de ilusiones. Su ropa pégase a su cuerpo como tela mojada: los párpados de sus ojos pestañudos están adormecidos, y una de sus piernas cuelga desnuda de la hamaca. Yo me acerco hasta alcanzar su aliento. Me veo cauteloso, como la araña, dispuesto a vivir la aventura. El deseo va entrando en mí, comunicándome su palpitación inmensa, la tierra hace la sangre nueva, con un ardor violento, sin exasperaciones, natural, potente.

Belén ha fijado en mí sus ojos grandes que revelan una vida maravillada y optimista.

Ella, sin ver, mi actitud de acecho, queda impasible. No presiente el peligro ni se cubre con las manos. Y sonrío, blanda, tierna como la pulpa del coco, sin llamarme, en íntimo aban-

dono. Yo me retiro sorprendido y escudriño en sus pupilas la selva bravía por donde hay que abrir camino para encontrar el agua cándida de los remansos, y comprendo que Belén, hija del país del sol, pertenece por sus ojos claros a los seres nocturnos, como los felinos, y que no se defiende de mí sino de la luz excesiva del cielo. Las largas y crespas pestañas hacen de pantalla natural.

Belén no deja de mirarme y en sus pupilas percibo una limpiada de la selva por la que bajase la esperanza. Me recojo como un niño, incapaz del mal. Estoy temeroso de echarlo todo a perder.

Reacciono y quiero hacer una última tentativa. Lentamente me aproximo. Siento su respiración cálida sobre mi rostro; la imperceptible tensión de sus labios; la sangre caliente de su cuerpo; y cuando creo dominarla mi aliento amoroso no logra empañar las esmeraldas de sus ojos que continúan, límpidas, impasibles...

No me acerco más. El pudor me impide expresar mi pánico.

Y ahora, en el cuarto oscuro del «Hotel Palma», me pregunto: ¿no tendré que esperar como la araña la alborada?

En el techo bucea intermitente, la linterna verde...

Y me duermo pensando en la mañana trágica, en la luz ciega del día que absorberá la chispa subyugante y el misterio nocturno.

Asunción, enero de 1930.